

Lucila Palacios. "Dos instantes de una mujer"

Elite.

Quien es capaz de inspirar emoción con su arte es capaz de sentir con exquisita sensibilidad. Escribe bien el que piensa bien; escribe claro quien concibe con claridad; dirá verdades que conmueven quien siente la verdad con fuerza bastante para comunicar su fuerza a los demás. ¿Por qué no presentar dos instantes de la vida de Mercedes Carvajal de Arocha, la mujer que ha concedido con dolor lo que dice Lucila Palacios, la escritora?

La ficción es un recurso del novelista, pero es más cuestión de matices que de contenido. El autor de una obra trascendental vuelca parte de sí mismo en el trabajo. Entre ambos hay una comunicación vital, un estrecho parentesco, cierto aire inequívoco de familia... Nunca se podrá dar la ficción absoluta en obras que lleven el germen de seres vivos que hablen al lector de corazón a corazón. Apresar dos instantes de emoción de la autora de "El Corcel de Las Crines Albas" es captar un poco la palpitante vida de agobios y esperanzas de Eufrosina, Martiña y Tomaso; descubrir un rastro de la rapacidad de Amzra, el espíritu bravío de libertad de la "Güiriri", el signo fatídico de Juana, la "enluná"...

Dolor

Josefina Arocha es la primogénita de los esposos Arocha-Carvajal. Tiene 15 años y tres hermanitos a quienes ella ayuda en las veladas a resolver sus problemas escolares. Tiene "una gran facilidad para las letras", pero no quiere ser escritora como mamá ni comerciante como su padre. Ella quiere estudiar ingeniería y especializarse en decoración: un poco del sentido práctico de la profesión de su papá fundido con el espíritu artístico que vive en su madre.

– Su hijita tiene cáncer.

El doctor ha bajado la voz para decírselo, pero las palabras han martillado una a una en la mente de la madre con una fuerza brutal; las ha repasado dos, tres veces; han llegado al corazón en olas de sangre que no puede controlar; el alma gira sobre sí misma y siente vértigo ante aquella horrible sima que han abierto las palabras al caer... Mercedes oye un grito, allí dentro, que parece llenar el consultorio y, alarmada, mira instintivamente a su hijita. Josefina termina de vestirse con cierta despreocupación, con la confianza propia de la juventud, que nunca asocia la muerte a sus proyectos.

– Dígame doctor... ¿se podrá curar!

Hay escalofrío en las palabras. El doctor recurre a la ciencia, ella podía responder. A la niña le operaron al siguiente día.

– Doctor, yo quiero la verdad...

El médico se seca las manos. Ellas han hurgado el mal y guardan el secreto, ¡la verdad! Allí fija insistentemente su mirada y allí coinciden las de ambos. El descubre su secreto, ella lo presiente en su mutismo; pero la verdad tiene que ser dicha en palabras... ¡ella lo necesita!

– Sería un milagro...

Mercedes no creía en imposibles; "siempre lo dije, sólo admitía lo difícil". Forjada en la dura lucha de la vida, ella pisaba firme en la adversidad como si éste fuera su elemento.

Transcurrieron los días y las noches. Recuerda las nuevas esperanzas que nacían con el sol por las mañanas y las agonías del alma que no puede detener el sol en su ocaso; presagio de una noche a solas con la oscuridad...

– Mamá, quiero que te quedes sola conmigo.

El reloj da las doce. Y sigue marcando horas, tañendo la diminuta campana, con la ceguera de una rueda mecánica. "Juntos, mi pobre niña que se moría, el reloj y yo, sentí por primera vez una angustia de un condenado a muerte. Mi voluntad de lucha se estrellaba frente aquel muro gigantesco que no podía romper".

La oscuridad en que está sumida el alma de la madre adopta consistencia física. La muerte avanza sigilosamente, con el paso furtivo y menudo que marca el segundero del reloj. Y cuando éste señala otra vez las doce, 48 horas después de aquel ruego de su hijita, siente Mercedes que de los tres sólo quedan dos... El reloj sigue, implacable, su camino.

Lucila está frente a mí, sin verme. hay algo pesado sobre sus ojos que también oprime su corazón. Tiene el mirar vago de quien busca imágenes dentro en las preciosas arcas del recuerdo... Jacky le despierta con su "flash", que también es una máquina que permite archivar imágenes que tienen su lenguaje.

Alegría

Lucila llega a la Redacción de "El Nacional". Dos redactores le anticipan apresuradamente el saludo. Una bienvenida y una felicitación. Ella no sale de su asombro:

– ¿Por qué me felicitan ustedes?...

– ¡Se llevó el premio "Aristides Rojas"!... ¡Usted firmó A.C.M.!...

– ¿Y cómo lo saben ustedes?...

– ¡Ya está!... ¡Antes lo sospechábamos, ahora estamos seguros!...

Y así es como Lucila Palacios confesó sin proponérselo la identidad de quien firmó el trabajo premiado, "El Corcel de las Crines Albas", que conquistó el máximo galardón nacional establecido para el género de la novela.

– Le confieso que éste ha sido el momento más feliz de mi vida. Aquel día vagué por los mismos lugares que frecuentaba antes, con una extraña sensación de contento y ebriedad en el alma... "Así deben sentirse los borrachos, creo yo".

– Dígame Lucila: ¿en qué aspecto le ha satisfecho más la distinción?

– En que se premió el trabajo, sin mediar consideraciones.

Y en el contento que asomaba a aquellos ojos que hace un momento permanecían bajos, hay algo del triunfo de la mujer voluntariosa y abnegada que ha alcanzado una cumbre en el duro camino de la lucha.

– Ya ve usted –comenta un poco pensativa– yo, que nunca pierdo mis estribos en los momentos de intenso dolor, guardo difícilmente el equilibrio en esos instantes de mayor dicha... Me siento un poco... descentrada. ¡No estoy acostumbrada a esas alturas! Sólo piso firme en la adversidad. El obstáculo me halla siempre dispuesta a vencer, domino mejor los momentos negativos, allí donde hay que poner a contribución un esfuerzo. Si algún día se me opusiera un obstáculo exageradamente duro... ¡no sé lo que haría, pero haría algo! No quiero que llegue ese momento...